



laleydedios.org

Appendix 8i: La Cruz y el Templo

Esta página es parte de una serie que explora las leyes de Dios que solo podían obedecerse cuando el Templo estaba presente en Jerusalén.

- [Appendix 8a: Las Leyes de Dios Que Requieren el Templo](#)
- [Appendix 8b: Los Sacrificios — Por Qué No Pueden Guardarse Hoy](#)
- [Appendix 8c: Las Fiestas Bíblicas — Por Qué Ninguna Puede Guardarse Hoy](#)
- [Appendix 8d: Las Leyes de Purificación — Por Qué No Pueden Guardarse Sin el Templo](#)
- [Appendix 8e: Los Diezmos y las Primicias — Por Qué No Pueden Guardarse Hoy](#)
- [Appendix 8f: El Servicio de Comunión — La Última Cena de Jesús Fue la Pascua](#)
- [Appendix 8g: Las Leyes del Nazareato y de los Votos — Por Qué No Pueden Guardarse Hoy](#)
- [Appendix 8h: La Obediencia Parcial y Simbólica Relacionada con el Templo](#)
- [Appendix 8i: La Cruz y el Templo](#) (Esta página).

La cruz y el Templo no son enemigos, ni son dos “fases” en las que una cancela a la otra. La Ley de Dios es eterna (Salmo 119:89; 119:160; Malaquías 3:6). El sistema del Templo, con sus sacrificios, sacerdotes y leyes de pureza, fue dado por esa misma Ley eterna. La muerte de Jesús no abolió ni un solo mandamiento: reveló la verdadera profundidad de lo que esos mandamientos ya estaban declarando. El Templo no fue destruido para poner fin a los sacrificios, sino como juicio por la desobediencia (2 Crónicas 36:14-19; Jeremías 7:12-14; Lucas 19:41-44). Nuestra tarea es sostener estas verdades juntas sin inventar una nueva religión que reemplace la Ley con ideas humanas sobre la cruz.

El conflicto aparente: el Cordero y el altar

A primera vista, parece haber un conflicto:

- Por un lado, la Ley de Dios mandando sacrificios, ofrendas y servicio sacerdotal (Levítico 1:1-2; Éxodo 28:1).
- Por otro, Jesús presentado como “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29; 1 Juan 2:2).

Muchos se apresuran a sacar una conclusión que las Escrituras nunca hacen: “Si Jesús es el Cordero, entonces los sacrificios se acabaron, el Templo terminó y la Ley que los mandaba ya no importa”.

Pero el propio Jesús rechazó esa lógica. Él dijo claramente que no vino para abolir la Ley ni los Profetas, y que ni siquiera el trazo más pequeño caería de la Ley hasta que pasen el cielo y la tierra (Mateo 5:17-19; Lucas 16:17). El cielo y la tierra siguen aquí. La Ley sigue en pie. Los mandamientos sobre sacrificios, ofrendas y el Templo nunca fueron revocados por Sus labios.

La cruz no borra las leyes del Templo. La cruz revela aquello hacia lo que ellas verdaderamente apuntaban.

Jesús como el Cordero de Dios — cumplimiento sin cancelación

Cuando Juan llamó a Jesús “el Cordero de Dios” (Juan 1:29), no estaba anunciando el fin del sistema sacrificial, sino declarando el verdadero sentido de cada sacrificio que había sido ofrecido por fe. La sangre de los animales nunca tuvo poder por sí misma (1 Pedro 1:19-20). Su poder venía de la obediencia a Dios y de lo que esa sangre representaba: el sacrificio futuro del verdadero Cordero. Dios no habla una cosa para luego contradecirse (Números 23:19).

Desde el principio, el perdón siempre ha dependido de dos cosas que actúan juntas:

- La obediencia a lo que Dios mandó (Deuteronomio 11:26-28; Ezequiel 20:21).
- La provisión que Dios mismo señaló para la purificación (Levítico 17:11; Hebreos 9:22).

En el antiguo Israel, los obedientes iban al Templo, presentaban los sacrificios como la Ley lo requería y recibían una limpieza real, pero temporal, dentro del pacto. Hoy, los obedientes son conducidos por el Padre al verdadero Cordero, Jesús, para una limpieza eterna (Juan 6:37; 6:39; 6:44; 6:65; 17:6). El patrón es el mismo: Dios nunca limpia a los rebeldes (Isaías 1:11-15).

El hecho de que Jesús sea el verdadero Cordero no rompe los mandamientos sobre el sacrificio. Demuestra que Dios nunca estaba jugando con símbolos. Todo lo del Templo era serio, y todo apuntaba a algo real.

Por qué continuaron los sacrificios después de la cruz

Si Dios hubiera querido abolir los sacrificios en el mismo momento en que Jesús murió, el Templo habría caído ese mismo día. En cambio, ¿qué ocurrió?

- El velo del Templo se rasgó (Mateo 27:51), pero el edificio siguió en pie y allí continuó el culto (Hechos 2:46; 3:1; 21:26).
- Los sacrificios y los ritos del Templo continuaron a diario (Hechos 3:1; 21:26), y toda la narrativa de Hechos supone un santuario en funcionamiento.
- El sacerdocio siguió sirviendo (Hechos 4:1; 6:7).
- Las fiestas siguieron siendo observadas en Jerusalén (Hechos 2:1; 20:16).
- Aún después de la resurrección, los creyentes en Jesús seguían siendo vistos en el Templo (Hechos 2:46; 3:1; 5:20-21; 21:26), y miles de judíos que creían en Él eran “todos celos de la Ley” (Hechos 21:20).

Nada en la Ley, nada en las palabras de Jesús, y nada en los profetas anunció que los sacrificios se volverían instantáneamente pecaminosos o inválidos cuando el Mesías muriera. No hay ninguna profecía que diga: “Después de la muerte de mi Hijo, dejarán de traer animales, porque he abolido mi Ley sobre el sacrificio”.

En cambio, los servicios del Templo continuaron porque Dios no tiene doble lenguaje (Números 23:19). Él no declara algo santo y luego, en silencio, lo trata como inmundo porque Su Hijo murió. Si los sacrificios se hubieran convertido en rebelión en el mismo momento de la muerte de Jesús, Dios lo habría dicho claramente. No lo hizo.

La continuación del servicio del Templo después de la cruz muestra que Dios nunca había cancelado ningún mandamiento ligado al santuario. Cada ofrenda, cada rito de purificación, cada deber sacerdotal y cada acto nacional de adoración siguió en vigor porque la Ley que los estableció permanecía intacta.

La naturaleza simbólica del sistema sacrificial

Todo el sistema sacrificial era simbólico en su diseño, no porque fuera opcional o careciera de autoridad, sino porque señalaba realidades que solo Dios mismo llevaría un día a su plena consumación. Las sanidades que afirmaba eran temporales — los sanados podían enfermarse de nuevo. Las purificaciones ceremoniales restauraban la pureza solo por un tiempo — la impureza podía volver. Incluso los sacrificios por el pecado traían un perdón que debía buscarse una y otra vez. Nada de esto era la eliminación definitiva del pecado o de la muerte: eran símbolos ordenados por Dios que apuntaban al día en que Él destruiría la muerte para siempre (Isaías 25:8; Daniel 12:2).

La cruz hizo posible esa finalidad, pero el verdadero fin del pecado solo se verá después del juicio final y de la resurrección, cuando los que hicieron lo bueno resuciten para vida y los que hicieron lo malo para condenación (Juan 5:28-29). Solo entonces la muerte será absorbida para siempre. Como los servicios del Templo eran símbolos que apuntaban a realidades eternas, y no las realidades mismas, la muerte de Jesús no los hizo innecesarios. Siguieron en vigor hasta que Dios quitó el

Templo en juicio, no porque la cruz los hubiera cancelado, sino porque Dios decidió cortar los símbolos, mientras que las realidades a las que apuntaban aún esperan la consumación final que Él traerá al fin de los tiempos.

Cómo funciona el perdón hoy

Si los mandamientos sobre los sacrificios nunca fueron abolidos, y si el sistema del Templo continuó incluso después de la cruz —hasta que Dios mismo lo llevó a su fin en el año 70 d.C.—, surge una pregunta natural: ¿cómo puede ser perdonado alguien hoy? La respuesta se encuentra en el mismo patrón que Dios estableció desde el principio. El perdón siempre ha venido por la obediencia a los mandamientos de Dios (2 Crónicas 7:14; Isaías 55:7) y por el sacrificio que Dios mismo señaló (Levítico 17:11). En el antiguo Israel, los obedientes recibían limpieza ceremonial en el altar de Jerusalén, que la Ley llevaba a cabo principalmente por medio del derramamiento de sangre (Levítico 4:20; 4:26; 4:31; Hebreos 9:22). Hoy, los obedientes son limpiados por el sacrificio del Mesías, el verdadero Cordero de Dios que quita el pecado (Juan 1:29).

Esto no representa un cambio en la Ley. Jesús no canceló los mandamientos sobre el sacrificio (Mateo 5:17-19). Más bien, cuando Dios quitó el Templo, cambió el lugar externo donde la obediencia se encuentra con la limpieza. El criterio permaneció igual: Dios perdona a los que le temen y guardan Sus mandamientos (Salmo 103:17-18; Eclesiastés 12:13). Nadie viene al Mesías si el Padre no lo trae (Juan 6:37; 6:39; 6:44; 6:65; 17:6), y el Padre solo atrae a quienes honran Su Ley (Mateo 7:21; 19:17; Juan 17:6; Lucas 8:21; 11:28).

En el antiguo Israel, la obediencia conducía a la persona hasta el altar. Hoy, la obediencia conduce a la persona hasta el Mesías. La escena externa ha cambiado, pero no el principio. Los infieles en Israel no eran limpiados por los sacrificios (Isaías 1:11-16), y los infieles de hoy no son limpiados por la sangre de Cristo (Hebreos 10:26-27). Dios siempre ha exigido las mismas dos cosas: obediencia a Su Ley y sumisión al sacrificio que Él ha señalado.

Desde el principio, nunca hubo un momento en el que la sangre de ningún animal, ni la ofrenda de ningún grano o harina, trajera por sí misma paz entre un pecador y Dios. Esos sacrificios eran mandados por Dios, pero no eran la verdadera fuente de reconciliación. La Escritura enseña que es imposible que la sangre de toros y machos cabríos quite los pecados (Hebreos 10:4), y que el Mesías fue conocido de antemano antes de la fundación del mundo (1 Pedro 1:19-20). Desde el Edén, la paz con Dios siempre ha venido por medio del Hijo perfecto, sin pecado, unigénito (Juan 1:18; 3:16): Aquel a quien apuntaba cada sacrificio (Juan 3:14-15; 3:16). Las ofrendas materiales eran señales visibles que permitían al ser humano ver, tocar y sentir la seriedad del pecado, y entender en términos terrenales el costo del perdón. Cuando Dios quitó el Templo, la realidad espiritual no cambió. Lo que cambió fue la forma material. La realidad permaneció exactamente igual: es el sacrificio del Hijo lo que trae paz entre el ofensor y el Padre (Isaías 53:5). Los símbolos externos cesaron porque Dios decidió quitarlos, pero la realidad interna —la purificación que Él concede por medio de Su Hijo a los que le obedecen— continúa sin cambio (Hebreos 5:9).

Por qué Dios destruyó el Templo

Si la destrucción del Templo en el año 70 d.C. hubiera tenido como propósito “abolir los sacrificios”, las Escrituras lo dirían claramente. No lo hacen. En cambio, el propio Jesús explicó el motivo de la destrucción venidera: juicio.

Él lloró sobre Jerusalén y dijo que la ciudad no reconoció el tiempo de su visita (Lucas 19:41-44). Advirtió que el Templo sería derribado piedra por piedra (Lucas 21:5-6). Declaró que la casa quedaba desierta por haber rechazado a los mensajeros de Dios (Mateo 23:37-38). No era el anuncio de una nueva teología en la que los sacrificios se volvieran malos; era el viejo y conocido patrón del juicio: la misma razón por la que el primer Templo fue destruido en el 586 a.C. (2 Crónicas 36:14-19; Jeremías 7:12-14).

En otras palabras:

- El Templo cayó por causa del pecado, no porque la Ley hubiera cambiado.
- El altar fue quitado por causa del juicio, no porque los sacrificios se hubieran vuelto impíos.

Los mandamientos quedaron escritos, eternos como siempre (Salmo 119:160; Malaquías 3:6). Lo que Dios quitó fueron los medios por los cuales esos mandamientos podían llevarse a cabo.

La cruz no autorizó una nueva religión sin la Ley

La mayor parte de lo que hoy se llama “cristianismo” se levanta sobre una simple mentira: “Como Jesús murió, la Ley de los sacrificios, las fiestas, las leyes de pureza, el Templo y el sacerdocio han sido abolidos. La cruz los reemplazó”.

Pero Jesús nunca dijo eso. Los profetas que hablaron de Él tampoco lo dijeron. Al contrario, Cristo dejó claro que Sus verdaderos seguidores deben obedecer los mandamientos de Su Padre tal como fueron dados en el Antiguo Testamento, igual que lo hacían Sus apóstoles y discípulos (Mateo 7:21; 19:17; Juan 17:6; Lucas 8:21; 11:28).

La cruz no le dio a nadie autoridad para:

- Cancelar las leyes del Templo.
- Inventar nuevos rituales, como el servicio de comunión, para reemplazar la Pascua.
- Convertir los diezmos en sueldos pastorales.
- Reemplazar el sistema de pureza de Dios con enseñanzas modernas.
- Tratar la obediencia como algo opcional.

Nada en la muerte de Jesús autoriza a los hombres a reescribir la Ley. Solo confirma que Dios se toma en serio el pecado y se toma en serio la obediencia.

Nuestra postura hoy: obedecer lo que puede obedecerse, honrar lo que no

La cruz y el Templo se encuentran en una verdad ineludible:

- La Ley permanece intacta (Mateo 5:17-19; Lucas 16:17).
- El Templo ha sido quitado por Dios (Lucas 21:5-6).

Eso significa que:

- Los mandamientos que aún pueden obedecerse deben obedecerse, sin excusas.
- Los mandamientos que dependen del Templo deben ser honrados tal como están escritos, pero no practicados, porque Dios mismo quitó el altar y el sacerdocio.

No reconstruimos hoy una versión humana del sistema sacrificial, porque Dios no ha restaurado el Templo. Tampoco declaramos abolidas las leyes de sacrificio, porque Dios nunca las canceló.

Nos situamos entre la cruz y el monte del Templo vacío con temor y temblor, sabiendo que:

- Jesús es el verdadero Cordero que limpia a los que obedecen al Padre (Juan 1:29; 6:44).
- Las leyes del Templo permanecen escritas como estatutos eternos (Salmo 119:160).
- Su imposibilidad actual es resultado del juicio de Dios, no un permiso para inventar sustitutos (Lucas 19:41-44; 21:5-6).

La cruz y el Templo juntos

El camino correcto rechaza ambos extremos:

- No “Jesús abolió los sacrificios, así que la Ley ya no importa”.
- No “Debemos reconstruir sacrificios ahora, a nuestra manera, sin el Templo de Dios”.

En cambio:

- Creemos que Jesús es el Cordero de Dios, enviado por el Padre para aquellos que obedecen Su Ley (Juan 1:29; 14:15).
- Aceptamos que Dios quitó el Templo como juicio, no como abolición (Lucas 19:41-44; Mateo 23:37-38).
- Obedecemos cada mandamiento que sigue siendo físicamente posible hoy.
- Honramos los mandamientos que dependen del Templo negándonos a reemplazarlos con rituales humanos.

La cruz no compite con el Templo. La cruz revela el significado detrás del Templo. Y hasta que Dios restaure lo que Él mismo quitó, nuestro deber es claro:

- Obedecer lo que puede obedecerse.
- Honrar lo que no puede.
- No usar jamás la cruz como pretexto para cambiar la Ley que Jesús vino a cumplir, no a destruir (Mateo 5:17-19).